

LIBRERA POR SORPRESA

Son pocas las mujeres que ejercen en este gremio. No seré yo quien amplíe la lista. Mi padre no trajo nunca librerías a casa —ni con ellas fuimos a cenar— cuando se dedicaba a vender libros usados. Lo de usados es una expresión rara y estrambótica, una más de las que soltaba mi padre. Lo cierto es que se dedicaba a vender libros muy antiguos, muy raros y muy caros, que normalmente son los que están menos usados, según he podido comprobar. Mientras estuvo en activo, no cenaron mujeres librerías en casa ni nos acompañaron a los restaurantes de lujo en los que, por aquellos años, parecía obligado hacer el imbécil. Con hacer el imbécil me refiero a la obsesión por intentar demostrarle al colega, apoyado en platos a precios abusivos, que uno tenía recursos para comprarle la maravilla que había traído bajo el brazo hasta Barcelona. Por el contrario, sí tuve ocasión de conocer a muchos hombres, tanto en casa como en los restaurantes aparentes; se trataba por lo general de hombres presuntuosos y vulgares. Algunos de estos hombres sentían admiración por mi padre; otros, respeto. Vi también que bastantes lo detestaban con cinismo y que a muchos los dejaba indiferente hasta que decidía escribir una cifra indecente en un cheque. Todo eso lo hacían, mi

padre y los hombres presuntuosos y vulgares, a la luz del día y de mis ojos de niña, por lo que cuanto me ha sucedido estos dos años no debería haberme pillado desprevenida.

Mi vida cambió en Nueva York. Lo hizo tras ponerme al cargo de un montón de libros que era la primera vez que abría con mis propias manos. Se trataba de tres cajas llenas de preciosidades que tenía bajo mis órdenes en la feria de libros antiguos que se celebra anualmente en un edificio monumental situado en Park Avenue. A los libreros les gustaba, aunque a mí me parecía solo un hangar o cobertizo de aire militar y pretencioso, pues lo veía como uno de los edificios más masculinos, tristes y desangelados de Nueva York. Exponía banderas que se ondearon en derrotas o en victorias humillantes y en las que otros dieron la vida para que la salvaran los mismos de siempre. No fui allí por gusto ni para cumplir una obligación, sino para satisfacer una curiosidad.

Mi padre murió en enero de 2019, tenía cincuenta y cinco años. Se había retirado hacía tiempo, joven, a una edad en la que otros empiezan a rehacer su vida; él decía que no echaba de menos ni el mundo de los libros antiguos ni a los colegas que lo hacían aún más deplorable; quizá fuera más correcto escribir «ni a los colegas, que lo hacían aún más deplorable». Yo sabía que en casa quedaban algunos restos de su etapa de traficante, pero siempre consideré los libros que nos acompañaban a la hora de la cena como simples ejercicios de nostalgia. Mi padre estaba orgulloso de algunos de ellos porque decía que habían desafiado las leyes que gobiernan los almacenes de los libreros. Sostenía que lo normal es que el mal librero acabe por quedarse con lo que nadie más quiere o con lo que tiene un precio equivocado. Con el segundo plato, si aquella noche se hablaba por casualidad del pasado, decía que esos libros estaban allí, al contrario, porque todos

los querían y porque tenían el precio que era justo que tuvieran, y porque los demás no sabían a ciencia cierta cuál era. Al parecer, él sí lo sabía, y por eso pudo evitar que se los comiera el apetito feroz del que hacían gala clientes y colegas.

Él me hablaba con la paz aparente de quien ha hecho del «ya no me apetece ganarme la vida, ahora me apetece gastarla» un mandamiento. Yo lo observaba entre distraída, absorta y, más que nada, preocupada por el máster en Psicología que estaba a punto de acabar. La voz de mi padre me provocaba escalofríos, pero nunca pensé que aquellas explicaciones fueran hijas ni de un orgullo desmedido ni de una insana satisfacción por lo hecho. Del mismo modo, por culpa de esa sensación de cotidianidad, nunca pensé que los libros pudieran llegar a ser para mí algo más que compañeros de cena. Es decir, lo escuchaba sin reverencia, pero sin llegar al desprecio que solemos tener las jóvenes hacia quien se da ánimos a sí mismo porque nadie más se los da.

Supongo que era la familiaridad con los libros lo que impedía que yo prestara atención a mi padre y que compartiera con él un flojo entusiasmo por las historias que escondían los viejos volúmenes. Mi frialdad era hija de la frialdad con la que él hablaba de ellos, del desencanto que siente quien los ha utilizado para saber cómo funciona el mundo y cómo era el pasado, de quien los soporta en el presente porque quiere conocer qué te pueden deparar los hombres en el futuro. Él confió en los libros viejos como se confía en un agarre cuando el mar se convierte en enemigo. Yo los miraba como hermanos que nunca iban a recibir afectos semejantes a los que se intercambian padre e hija cuando de la misma ensaladera se cogen olivas con dos dedos. A mi padre se le fueron de las manos los agarres y lo engulló la altamar. En Nueva York llegó la hora de comprobar si esos libros que abría por primera

vez con mis manos y bajo mi responsabilidad en una feria inhóspita y americana podían llegar a colmar, o a sustituir en parte, los afectos arrastrados por la resaca.

Además de la legítima correspondiente, mi padre me dejó cierta idea de cómo pelearse con el futuro. Una parte de este futuro tenía raíces en el presente continuo. Tras su muerte, me vi en la obligación a atender las otras cuestiones que quedaron asimismo interrumpidas: traducciones, colaboraciones, sonetos, críticas a los editores, una matrícula en una universidad para hacer una tesis doctoral sobre Lucrecio, un epistolario secreto. Me hice cargo de la vida de mi padre muerto, y comprobé que su vida estaba más llena de lo que una apatía y una tristeza que yo no conocía permitían adivinar.

Entre los correos electrónicos que recibió a principios de febrero de 2019, uno me sorprendió. Se trataba de la respuesta a otro que mi padre había enviado en diciembre del año anterior, un mes en el que mi padre se mostró especialmente alegre y parlanchín. En el correo que hacía de respuesta se decía que había sido aceptado a participar en la feria del libro antiguo de Nueva York y, por ello, se le invitaba a pagar el precio de la inscripción, del *stand*, y a comunicar qué libros iba a exhibir y a intentar vender. Me quedé sorprendida, pues era la primera noticia que tenía sobre la vuelta de mi padre a la actividad libresca; me sorprendió también que supiera tanto inglés como para rellenar el formulario de inscripción él solo. Llamé a su exsocio, y este me dijo que nada sabía de que mi padre tuviera intención o ganas de volver a las andadas anticuarias, y que le resultaba muy extraño. «Ya sabes», añadió, «tu padre era un tipejo imprevisible. Vete tú a saber qué se traía entre manos ese gamberro». Y empecé a hurgar en los correos electrónicos del gamberro. Contesté en

su nombre los que llegaron de Nueva York, y lo hice con un cargo de reciente creación: «secretaria de mi padre». Al fin y al cabo, del mismo modo que nadie en el gremio sabía que mi padre tenía intención de dejarse ver de nuevo, podía estar casi segura de que a nadie en el gremio le había llegado la noticia de que había muerto. Si alguien había visto en los folletos que anunciaban la feria que la librería de mi padre iba a exponer libros, nadie se hizo eco, o nadie quiso levantar una liebre que esperaba cazar solo él. Pagué la inscripción y todo lo demás, encontré la lista de libros que tenía intención de exportar y los permisos correspondientes, y le pedí a Albert que (con discreción absoluta) me ayudara con los transportistas y con otras cosas, todas ellas nuevas para mí.

Alquilé un apartamento lejos de Park Avenue, me despedí del trabajo de pedagoga precaria y mal pagada que tenía en Tarragona y me dispuse a hacer las américas con los libros de mi padre y sin saber qué pretendía él exactamente con este cambio de rumbo. En el peor de los casos, iba a pasarme una semana de vacaciones en Nueva York. Si hay algo peor en el mundo que «el peor de los casos», para poder sobrevivir a la vida neoyorkina sin morir de hambre hubiera bastado con aceptar las ofertas rastreras de los colegas de mi padre y venderles algunos libros tirados de precio. Bien mirado, si conseguía venderlos todos a la mitad del precio que constaba en los permisos de exportación, me esperaban unos años de despreocupación económica. Deseé entonces que los peores amigos de mi padre me reconocieran y vinieran a aprovecharse de mí armados con propuestas rastreras. No hizo falta.

Mi padre había reservado el *stand* a nombre de la vieja librería dejada en desuso hacía diez años. Pude comprobar que no había dicho a nadie, salvo a los de la organización americana (con quien apenas había tenido tratos) que era

su intención participar en la feria más importante del mundo de entre las dedicadas a «libros usados». El lunes anterior a la inauguración llegué a Nueva York provista de poderes, reconocimientos de herencia, papeleo notarial y todo lo necesario para hacer constar ante la Asociación Estadounidense de Librerías Anticuarias que era la legal propietaria de La Librería del Callizo. No hizo falta nada de eso. Entre el lunes y el jueves aprendí que en Nueva York el poder notarial más efectivo es la American Express. Lo último que deseaba en esta vida era declararme heredera legal de los chanchullos que mi padre había escondido debajo de la alfombra con nombre de varias sociedades limitadas con sede aquí o allí (y quién sabe si en sitios peores).

Los libros llegaron sin sobresaltos al hangar conmemorativo neoyorkino. Pedí a los forzudos de turno que se apiadaran de una frágil española de cincuenta y dos kilos de peso y que los depositaran en el *stand* que me habían adjudicado por sorteo más o menos fiable. No aparecí por la feria hasta poco antes de la inauguración, a media tarde del jueves. Cuando todos los demás libreros habían ya desenvuelto sus libros, los habían colocado a la vista y habían consumado todos los intercambios y negocios, las cajas con los libros de mi padre seguían cerradas en una esquina del hangar sin que nadie les hubiera podido echar el ojo. Los de la organización me dijeron que unos cuantos libreros europeos habían preguntado por mí, aunque quiero creer que habían preguntado por el antiguo dueño de la librería, esto es, por mi padre. Me acredité, me dirigí a mi puesto y comencé a desembalar sin saber muy bien qué tenía que hacer. Antes de que hubiera acabado de abrir la primera caja, una docena de colegas de mi padre vinieron a preguntar por él: seis italianos, un francés, dos ingleses, un alemán y dos españoles. Reconocí solo a alguno

de los italianos y al alemán, pero a todos dije que mi padre había muerto en enero, en la más estricta intimidad y para evitar pésames y falsedades propias de gente como ellos. No se lo tomaron a mal; es más, me pareció que estaban muy acostumbrados. Primero loaron mi aspecto según el ritual machista del gremio, luego preguntaron si tenía una lista de lo que la librería (mi padre) estaba dispuesta a vender y se dijeron desconcertados por la inesperada reaparición de tan insigne librero después de muerto y qué pena y bla bla bla. Lo entendí como si la muerte del insustituible amigo que, según ellos y para ellos, había sido mi padre, les importara un pimiento y con ella hubiera caído la última barrera que los separaba de los libros que aquel había guardado para sí.

Mi padre tenía siempre la cabeza en otro sitio, pero los libros no. Había preparado la feria de Nueva York con una precisión que era nueva para mí y que nunca había sospechado: lamenté no haber comprendido antes qué parte de nuestra vida había sido catalogada como *sense* y cuál como *sensibility*. Los libros habían sido descritos con detalle en dos ficheros, uno privado y otro público. En el primero constaba, además, el precio y el año de compra, el vendedor y el nombre del «chorizo» [sic] que iba a venir a pedir por él en primer lugar. En el fichero para el público había solo un detalle relevante: el precio de venta, que, por lo general y para una persona ajena a este mundo, estaba cerca de lo que puede calificarse como exagerado. Comprendí entonces por qué es más fácil hablar con una hija, a la hora de la cena, del precio de las olivas y del pasado campesino, que del precio de compra de los libros antiguos que padre e hija tienen delante, a izquierda, a derecha y a la espalda.

Treinta libros grandotes, esto es todo lo que había seleccionado para llevar a Nueva York; tres cajas de libros que

pesaban como demonios. No necesité más de dos horas para venderlos, todo un record que dejó maravillados a los asistentes al sarao norteamericano. De los treinta presumibles destinatarios («chorizos») cuyos nombres aparecían en la lista privada, veintinueve corroboraron el buen ojo de mi padre. Hice treinta facturas a mano, las entregué en mano y, para evitar las tasas que Nueva York impone a la venta dentro de sus fronteras, dije que apenas estuvieran saldadas les llevaría los libros (también en mano) a sus respectivas ciudades europeas. El viernes por la mañana apareció por la feria el que hubiera sido el cliente número treinta según las previsiones del catálogo privado. Cuando supo que el libro que le interesaba había sido vendido a otro colega, insistió en que le dijera quién era, que a fin de cuentas yo no estaba rompiendo ningún secreto profesional porque ni siquiera era librera de alcurnia. Aseguró con pruebas que me recompensaría si le daba esa información. Es decir, en menos de un día aprendí también que traicionar el silencio tiene un precio altísimo, bueno, quiero decir que los libreros pagan la delación a muy buen precio.

Mientras los otros libreros se desgañitaban para vender montones de libros más o menos amontonados, yo ya no tenía nada más qué hacer en la feria. Empaqueté los libros de nuevo, seduje al forzado, llamé a un transportista internacional y los hice mandar a un pueblecito de Alemania en el que vivía un amigo de mi padre, también del gremio, que casi me había visto nacer. Desde aquí, sin necesidad de más permisos de exportación, se podrían luego distribuir por media Europa sin que nadie me controlara. La feria no me interesaba lo más mínimo. Recibí tres docenas de invitaciones para ir a cenar, para ir a la ópera, para tomar *gin-tonics* en el St. Regis; un cliente afirmó que estaba dispuesto a recordar viejos tiempos

y a pagarme, como había hecho con mi padre, una habitación en el Waldorf, pero como yo no tenía nada que comprar y tampoco intención de venderme, no acepté. A mediodía del viernes apareció Marta, nos dimos un beso y, cogidas de la mano, aprovechamos para rechazar invitaciones y para despedirnos de los compradores y de todos aquellos libreros que decían «tu padre era un poco raro, sin embargo, nos conocimos cuando tú eras así de pequeña; oye, si todavía tienes aquel Fulano de Tal impreso por Pinco Pallino en tal año, llámame». No faltaron los que me creían una librera vocacional y hambrienta como ellos, de ahí que me citaran en las subastas que se iban a celebrar aquel fin de semana en la ciudad, y que esperaran verme en la feria de París apenas quince días después. Por el contrario, serenas y con la sonrisa del deber cumplido con creces, dijimos a todo que no, dejamos el *stand* mondo y lirondo y con las copias de treinta facturas manuscritas en el bolso nos fuimos a ver museos: en uno de ellos descubrí un cuadro cuya imagen me acompaña desde entonces, la de Juan Luis Vives pintado por Metsys expuesto en el museo que en tiempos fue la casa de un potente industrial. Los organizadores se opusieron a que abandonáramos la feria antes de que acabara. Marta parafraseó a Erasmo y les dijo: «*Non placet America*», que me pareció el modo más culto de decir el «ahí sus quedáis» que tantas veces oí de pequeña.

No pude saber entonces qué pretendía conseguir mi padre con una aparición así en la feria de Nueva York, como nunca sabré si el hecho de que los libros estuvieran en manos de una frágil señorita de los arrabales del mundo del libro ayudó a que se despacharan tan rápido. No me hizo falta ser muy lista para darme cuenta de que los libros antiguos se suelen comprar cuando el que lo hace cree estar engañando al vendedor. Tenía la sensación de haber hecho un buen negocio: había

llevado a cabo algo que mi padre había comenzado, vendí bien los libros, no me hice demasiadas preguntas y juré que el que acababa de conocer por dentro era un mundo del que es mejor estar lejos que cerca. No fui la única que salió de aquella feria con la sensación de haber hecho un buen negocio: si la felicidad del comprador se mide por el poco tiempo que tarda en pagar, los que compraron los treinta libros eran las personas más felices del mundo. En apenas cuatro días tenía el dinero ingresado en Tarragona.